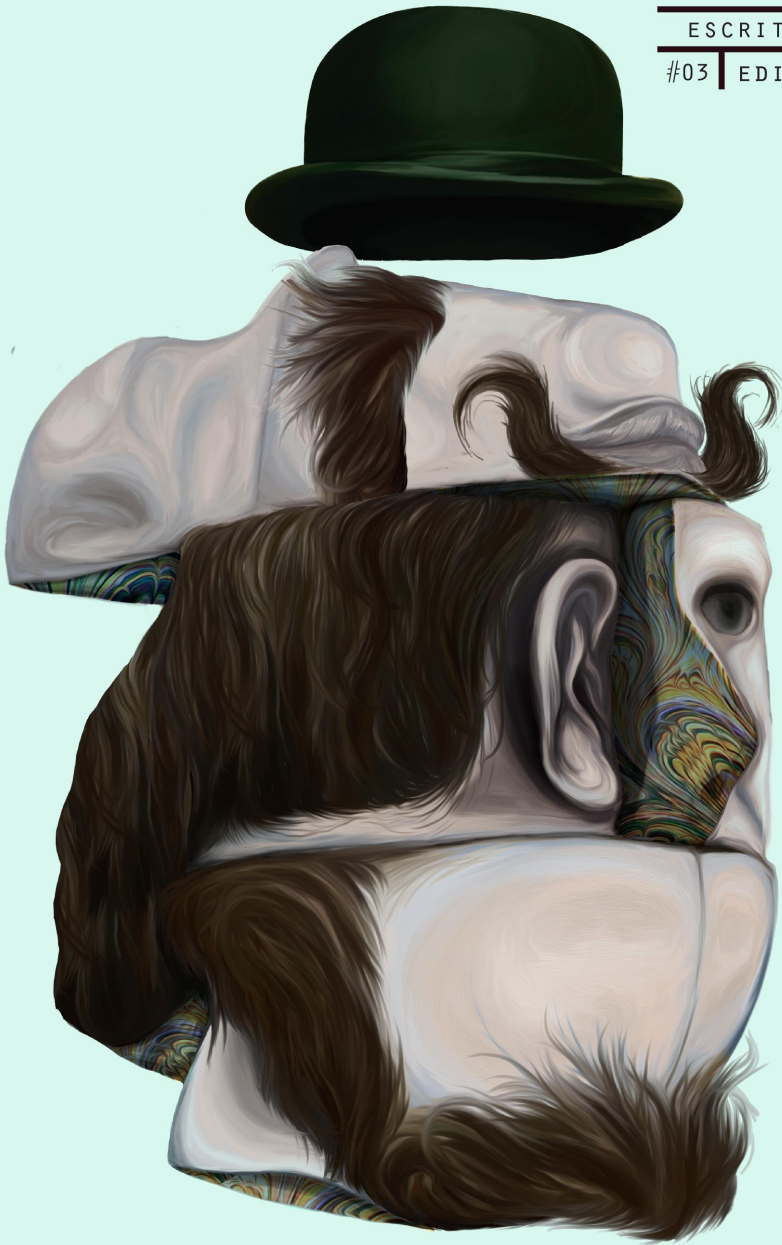

LOREM IPSUM

ESCRITURA CREATIVA

#03 | EDICIÓN | ENE 2014





EL TIGRE Y EL CONEJO

Por: Felipe Robayo

Había una vez un tigre muy fiero que se devoraba todo lo que le pusieran en frente. Lo malo es que era un tigre cautivo desde hacía mucho tiempo y ya había perdido sus magníficas habilidades de cazador, acostumbrándose a la carne fileteada de Mauricio que le traía siempre tres veces al día tres porciones de tres libras cada una. Un día, cuando el tigre menos se lo imaginaba, Mauricio fue reemplazado por Olga, quien creía firmemente en que los animales no deben perder su autonomía a la hora de comer, sobre todo las fieras salvajes, mucho menos sus habilidades de caza, por lo que en vez de darle al tigre malacostumbrado sus tres porciones matutinas, le metió en la jaula un conejo blanco con manchas negras en los ojos y en la espalda. El tigre, al oír el tan conocido chirrido de la puerta levadiza por donde entraba su comida, se dirigió con parsimonia hacia ella. Su boca comenzó a salivar al sentir en ella la succulenta suavidad de la carne machacada por Mauricio. ¡Cómo quería a Mauricio que lo consentía como a novia amada! Y así dio sus trancos tranquilo, saboreando la

costumbre en sus papilas, sin imaginarse siquiera que su presa patas pudiera tener. Cuando llegó al sitio de la reja de la comida, el viejo tigre acostumbrado se sorprendió al no encontrar sus tres pedazos de carne y en su lugar ver un espacio colmado de vacío.

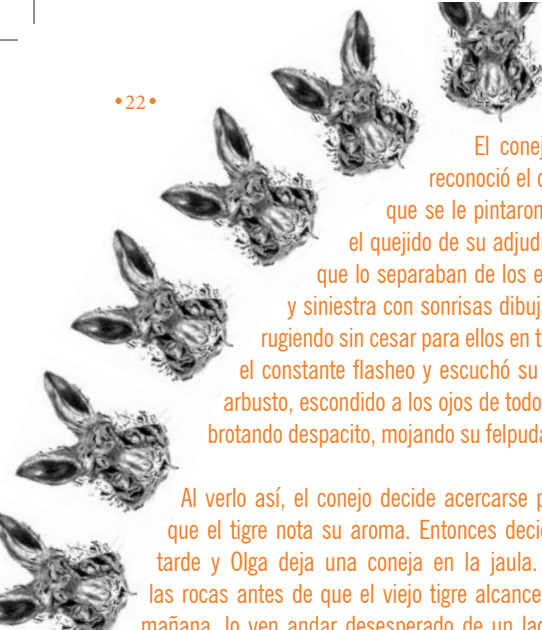
De un rugido el tigre pretende llamar a Mauricio, pero éste no acude a su llamado y en su lugar llega Olga:

—¿Qué pasa muchacho, no te gusta lo que te dí a comer?

A lo que el tigre responde con una apertura de mandíbula que le deja entrever la tripa vacía a Olga.

—Ya muchacho, ya te acostumbrarás a la nueva forma de tus comidas.

Y se fue sin prestarle más atención al tigre quejón. Sólo que éste, al no ver su comida por ninguna parte, rugió, maulló y chilló desconsolado por una hora entera sin entender muy bien la desgracia de su situación.



El conejo, que en el momento de ser soltado dentro de la jaula reconoció el olor de gato de su habitante, corrió tras unas rocas elevadas que se le pintaron a su derecha. Tras ellas se escondió y tembló al escuchar el quejido de su adjudicado devorador. Lo vio rondar por enfrente de las barandas que lo separaban de los entusiasmados espectadores que le tomaban fotos a diestra y siniestra con sonrisas dibujadas en los rostros al tener a la gigantesca y hermosa fiera rugiendo sin cesar para ellos en tremendo espectáculo privado. Lo vio poner cara de furia ante el constante flasheo y escuchó su tripa comenzar a gorgorear. Luego lo vio acostarse tras un arbusto, escondido a los ojos de todo el mundo, donde comenzó a llorar quedito, con las lágrimas brotando despacito, mojando su felpuda cara rayada, dejando vestigio de una gran congoja.

Al verlo así, el conejo decide acercarse para ver qué le pasa, pero retrocede de inmediato al notar que el tigre nota su aroma. Entonces decide esconderse hasta que el tigre baje su guardia. Llega la tarde y Olga deja una coneja en la jaula. El conejo acude en su ayuda y le muestra el camino a las rocas antes de que el viejo tigre alcance a llegar por ella. Los dos ven al tigre hacer el ritual de la mañana, lo ven andar desesperado de un lado a otro en busca de algo que se le ha perdido pero que no entiende muy bien por qué si siempre ha estado su comidita bien servidita. Por dentro el tigre maldice su mala fortuna, la mala sazón de la nueva alimentadora y la infortunada ausencia de Mauricio.

Los dos conejitos pronto se hacen buenos amigos ante la inminencia de tan peligrosa situación y deciden que al próximo que entre también le darán salvación. Pero a la tercer apertura de la jaula, Olga mete los tres pedazos de carne tan bien conocidos por el tigre, que no demora en oler la suculencia de los filetes y los devora todos de una sola mordida. Los conejitos ven los pedazos de carne desaparecer en la boca del gatito feroz y tragan una saliva que más parece una roca.

La larga noche estrellada pasa de largo sin mayores inconvenientes, el tigre dormido en una cueva hecha en la roca y los conejitos vigilando el sueño de su supuesto devorador. La mañana llega y Olga deja un conejito en la jaula. Los otros dos lo llaman y lo absuelven de ser comida segura. El tigre enloquece y vuelve y juega. Así pasó una semana entera: el tigre acudía a la apertura de la reja para no encontrar nada salvo a la hora de la comida donde no dejaba que la carne se mantuviera por más de cinco segundos. La fiera bajó de peso notablemente durante esa dura y larga semana. Olga, contrariada, le preguntaba a través de la jaula si algo le pasaba, que si era porque extrañaba a Mauricio, a lo que el tigre respondía con un rugido triste que más parecía maullido.

Los conejos eran ya catorce. El olor de ellos mantenían al tigre atento, pero sin saber muy bien su procedencia. Le era confuso, pues hacía tiempo que había perdido el olfato por carne viva y fresca, arraigado ya a su cocina bien preparada, entonces no estaba seguro si eso que olía era comida o era un engaño de su imaginación. Los conejos, a su vez, fueron agotando las reservas de pasto que brotaba de la roca. Al primer conejo en entrar, viejo sabio entre todos, se le marcaba la calavera en el pellejo, lo que lo hacía permanecer acostado boca arriba para poder recibir las migajas del verde restante de la jaula. Y es que unas hermosas matas frondosas brotaban dentro, pero el peligro del gato rayado custodiaba el lado de tales jardines.

Esa noche fue de luna llena. La luz blanca alumbraba de lleno la jaula, proyectando sombras más pronunciadas que las proyectadas por el sol. El tigre dormía placido, bañado en luz lunar y rayado por las barras de su casa.

El conejo sabio abrió los ojos para encontrarse de lleno con el fulgor de la luna. Las pupilas se le dilataron y el hambre lo paró. Dio un chillido despertando a los demás. Les mostró la luna a todos. Los otros trece conejos la miraron de lleno y dejaron que les mostrara un secreto. En ella ellos se pintaron y vieron cómo unidos vencían y devoraban al tigre. Se miraron entre sí y, cómplices por el destello, miraron al sabio conejo. Éste, tras cinco palabras «Háganle creer que somos fantasmas», cayó muerto tras la inspiración y los conejos lloraron y agradecieron la importancia de su bendición. Se abrazaron entre sí y marcharon juntos hacia su redención.

Sombras puntudas y negras se dibujaron en el suelo. Veinte puntas saltando y moviéndose de un lado a otro. Entre tanto, tres conejos blancos resaltados por la luna, se acercan con cautela al tigre centinela. Los conejos blancos se ven pintados por las sombras que suben y bajan, que permanecen y pasan. Estando frente al tigre se paran en dos patas y comienzan a gritar, «Somos los fantasmas de los que te has comido en vida y venimos a reclamar lo que a nosotros pertenecía», mientras que unos de los conejos de arriba hacen eco de lo dicho en forma de canon, los restantes dan unos chillidos ensordecedores, escalofriantes y espeluznantes, similares a cuando los cerdos gritan al ser degollados antes de empezar el asado. «Somos los fantasmas de los que te has comido en vida y venimos a reclamar lo que a nosotros pertenecía». Así hasta que el tigre despertó.

Al ver las tres figuras fantasmales frente a sí, el tigre no supo decir si lo que veía era real o simple producto del dormir, y se levantó exaltado dando un brinco para atrás. Los tres conejos blancos no perdieron su compostura, clamando a cada rato las palabras de ruptura, «Somos los fantasmas de los que te has comido en vida y venimos a reclamar lo que a nosotros pertenecía», avanzando sin retraso a donde el tigre espera con tembloroso zarpazo, pero su rostro devela un miedo de quince años de cautiverio que han hecho del fiero tigre un triste y tierno mininón. Las sombras se mueven a la par de los conejos en dos patas. El tigre se ve acorralado por los conejos y las sombras, pero el miedo no deja entrever la realidad de su situación. Retrocede hasta chocar con las barras y entonces, después del último «Somos los fantasmas de los que te has comido en vida y venimos a reclamar lo que a nosotros pertenecía», todos los conejos rugen al unísono formando un gran rugido de león. Al tiempo se abalanzan sobre el magro y viejo tigre asustado que llora como un matón desconsolado a quien las fuerzas han abandonado. Los fieros y bellos conejos no dan tregua ni espera y buscan el punto débil de la fiera.

Trece conejos mordiendo al tigre en las patas, el vientre, el lomo y el cuello. Una dentada en la cola, otra en la oreja y varias en la pirinola. ¡Pobre tigre abandonado de tigreza, pobre fiera sin fiereza! Sin dar mucha lucha, el tigre se deja hacer, dibujando a la muerte con el rostro de Olga que poco le dio de comer. Comieron los conejos tigre con verduras, hasta que quedaron llenos y se escondió la luna tras su leve influencia en bellas y tristes fortunas. Cayeron dormidos y sin previo aviso un conejito fue dejado con descuido en el nido, pero al ver al tigre acostado de vientre con la piel de la espalda comida hasta los huesos, Olga cerró la reja y corrió en tremendo revuelo. Vino el director del zoológico a comprobar con sus propios ojos la sandez de la alimentadora, pero al ver que era todo muy cierto, advirtió a la señora: «Tocará con lo que hay. Ponga un letrero que diga, "Oryctolagus cuniculus subespecie Carnivorus" y debajo pone "Valen más trece conejos unidos que un magro tigre enfurecido"».

Y así fue cómo los conejos tomaron la jaula del tigre y, hoy por hoy, se les ve tranquilos rondándola, a la constante y eterna espera del chirrido de la vieja reja. ||

